

El demonio de Laplace

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía © rawpixel
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Antonio Guisado Fernández, 2024
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con
Hanska Literary & Film Agency, Barcelona, España
© Ediciones Siruela, S. A., 2024
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-19942-34-0
Depósito legal: M-23-2024
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Antonio Guisado

EL DEMONIO DE LAPLACE

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

*Nunca tuvo un bate en las manos, y no pasó del
balonmano de colegio; tampoco está emparentado con
Redford, ni falta que le hizo para llevarse a la más guapa,
y, sin embargo, siempre fue y será como aquel en aquella
película de béisbol: El mejor.*

Al mejor que pude imaginar, a mi padre.

Usando palabras suyas: «Iguales los habrá, mejores no».

I

GATOS Y SANTOS

Cuando Santos Sena salió aquella tarde de casa, aún no sabía que aquel sería el primer día de su vida. Creería que había vivido hasta entonces por un tiempo, apenas unos días, pero acabaría marcando aquella tarde en el calendario de la cocina con un gran círculo rojo. Más tarde, quizá otro par de días después, lo rellenaría del mismo color con la misma alegría con que se rellenan los bollos de cacao cuando el chocolate no es tuyo, como niños que experimentan de visita colegial en una pastelería, apretando contra el papel, con una sonrisa esquiva, el rotulador rojo secuestrado del cubilete de la mesita de Pablo, creando pequeñas carreteras concéntricas de pigmento rojo que se pisarían y repisarían hasta dibujar un enorme punto bien relleno sobre el número dos del mes de noviembre. Fijándose uno bien, incluso se podrían apreciar ligeros arañazos producidos en el papel a causa del roce insistente y repetido; por descontado que si a alguien le hubiera dado por levantar noviembre para echar un vistazo a diciembre, habría apreciado la transferencia del exceso de color rojo en el futuro. Y hubiera sido una señal acertada, porque el futuro esperaba su turno teñido de rojo; aunque eso Santos Sena tampoco lo sabía aún.

Y hemos quedado asimismo en que aquella tarde, cuando deslizó un adiós que sonó como un hasta luego por la ren-

dija de la puerta al tirar del pomo para cerrar y cruzó el jardín, mojando el contorno de las zapatillas de deporte con el césped recién regado, como las moja el crío de la mano de su madre que pisa un charco agonizante con tanto disimulo como interés, aún no lo sabía. Aún no había nacido; aún estaba muerto. Es un decir: muerto, lo que se dice muerto, tampoco estaba, aunque no le quedaba demasiado tiempo en los bolsillos. Tampoco sabía eso, como tampoco se percató, cuando marcó los trazos rojos sobre el 2 de noviembre, de la leyenda en letras menudas que reseñaba el santoral del día: «Fieles Difuntos». En jerga de a pie, el día de los muertos, lo que no dejaba de ser apropiado.

Llenó los pulmones un par de veces con el aire que planeaba sobre el césped repartiendo el olor a tierra húmeda a discreción, atrapó el cursor entre los dedos y se subió la cremallera del cortavientos hasta la barbilla, encajó la bici entre las piernas sin sentarse, se ajustó los auriculares, ordenó a Spotify servirle canciones al gusto aleatorio de algún otro que se había molestado en crear una *playlist*, como aquella vez que lo invitaron a DiverXO —no entendía esa moda de los restaurantes caros de no dejarte elegir ni el día de la reserva casi, ni hablar del menú, aunque reconocía que lo último no dejaba de albergar cierta sorpresa y comodidad—, pulsó el botón del mando del garaje, y salió pedaleando como los buenos toreros, por la puerta grande. Eso pensó.

Recordó por asociación la última corrida. Le gustaban los toros, y procuraba ir siempre que podía y el torero de turno no era especialmente gilipollas. Había de todo, como en cualquier profesión, y había conocido a algunos unos años atrás, cuando los negocios empezaron a ir rodados y los proveedores se lo rifaban para invitarlo al tendido; cuando quedaban en los bajos del hotel Colón para calentar antes de la corrida; eso que llaman «entonarse». Buenos tiempos.

El hotel Colón era un clásico de Sevilla, y, dentro de Sevilla, un clásico entre los toreros, además de un hotel del cara-

jo, que diría su vecino Piotr con esa jota tan marcada como un hachazo en un tocón de madera. Con estrellas suficientes para conformar un equipo de futbito, el hotel se asentaba en el corazón de la ciudad, a tiro de piedra de la Maestranza, y rebosaba toreros en temporada alta.

Oh, sí. La última corrida resultó espectacular. Más que espectacular, apoteósica; casi apocalíptica. Un morlaco de nombre Mazacote había empitonado al maestro cuando este le hundía el estoque en el lomo y lo había ensartado por el agujero mismo del ombligo, como se vería después, y a quien no lo vio así se lo contaron los periódicos. En algún sitio, el asta debió de pinchar en hueso, y los muertos —aún no lo sabían, pero estaban muertos los dos, toro y hombre—, unidos como pareja de bachata, bailaron durante segundos eternos recordando a los amantes que no se quieren despedir a los pies del tren en la estación. Cuando Mazacote encontró el ángulo adecuado en el giro del poderoso cuello o se cansó del baile, el futuro difunto salió despedido en vuelo rasante acompañado de un «¡ohhh!» rotundo y redondo, como la plaza, levantada al completo, los catavinos olvidados un par de minutos a un lado, quizá tres.

Santos —que nos incumba en nuestro caso, pues pudo haber alguno más bajo amparo de la estadística más simple— fue la excepción. Levantado como todos, mantenía el catavino en su mano derecha, y, como ninguno, paladeaba sorbos cortos y lentos, extasiado ante el espectáculo. Se cree saber, barajando reacciones químicas como magos de la vida y sus microscópicos secretos, que los toros tienen una capacidad sobrehumana —nunca mejor dicho— para soportar el dolor. Hasta ahora no tenemos confirmación de primera mano, pudiera ser o no. Lo que es seguro es que al toro no le debe de hacer gracia que le claven medio metro de estoque en la nuca, le duela o no. Y lo que Santos Sena afirmarí­a ante cualquiera, el catavino reposando en el labio inferior y el líquido acariciándole la garganta, es que aquel toro, Mazacote, parado

frente a aquel hombrecillo atravesado con su traje de luces, pero apagándose, desenchufado y empanado con el albero de la plaza tras aterrizar, y entre capotes rosas aleteando como aletas de calamar, aquel toro, que quizá sabía que también se moría, parecía sonreír.

Era una locura, ya. Sin embargo, a Santos le parecía increíble que nadie se diera cuenta, que nadie a su alrededor dijera nada. «¡Ehh, mirad el toro! ¿No se está riendo? ¿No sonrío, la boca ladeada?». Nadie dijo nada, la plaza callada, aquel «¡ohhh!» desterrado a vagar por la ciudad en la marea del viento que se lo llevó, el silencio campando entre los muros estrenando corona, rey efímero de aquel pequeño reino de intramuros. Nadie dijo nada, la plaza muda, casi advirtiendo el entierro en el que estaban, sin misa ni fosa.

Bajo Mazacote, parado en medio de la plaza como Sansón ante Roma, una conexión semejante a una lombriz de otros tiempos en que todo era más grande señalaba el camino desde el toro al hombre, desde el hombre al toro. Un hilo palpable y tan real como indecoroso que salía de unas entrañas, reptando unos metros sobre el albero, alzándose al final del camino para encaramarse en el asta teñida de escarlata del toro, como una greña rastafari impostada.

La plaza entera miraba, solo miraba, semejando estatuas convidadas, círculos concéntricos de guerreros de terracota. Santos oía su propia respiración, y le parecía que el sonido del vino al ser tragado delataría su éxtasis al resto. Mazacote, abajo y quizá tomando consciencia de toro de la situación, meneó la cabeza sin mover los pies, desdeñando aquella greña que nunca quiso. Los intestinos de hombre, pues eso eran y no otra cosa, resistieron el primer envite, y la inercia quiso que el movimiento tirara del torero desgraciado y lo removiera en el ruedo, arrastrado por aquel látigo escabroso, como prisionero de otros tiempos y lugares atado en pos de un caballo y un amo. Un «¡ohhhh!» más alto que el primero resonó al unísono, como un gol en un campo de fútbol, pero aca-

bado en descenso, amortiguado por las manos que taparon las bocas en un movimiento general que podría haber pasado por ensayado. Mazacote, alentado por el ruido, meneó de nuevo el cuello con más ganas e intención, y el vínculo entre torero y toro se cortó para siempre. Esta vez no llegó más que a escucharse una inspiración ahogada, como la de aquel que llega a la superficie ansiando respirar bajo el agua, pero potenciada por la coincidencia de bocas. Las manos aún taparon unos segundos esas bocas en la Maestranza. Solo una persona —que nos incumba— mantenía su mano izquierda en el bolsillo del pantalón, tan planchado como azul, la derecha sosteniendo un catavino ya vacío y apoyado sobre los labios.

Santos Sena.

Extasiado, ensimismado y absorto, observaba cómo la vida abandonaba al hombre de la arena junto al toro; los compañeros, inútiles comparsas alrededor, con sus capotes rosados y carmelitas, incapaces de socorrerlo; Mazacote custodiando el lugar sin prestar la más mínima atención al movimiento, a los torpes intentos de atraerlo y desplazarlo, como si ya no fuera un toro y no tuviera que responder como tal.

Al otro extremo de la plaza, solo otra figura —que nos incumba— mantenía su atención en otra cosa que no fueran el toro y el torero. Aquella figura, embutida en negro y espi-gada, ajena al ruedo, miraba a Santos Sena, ignorante con su mano izquierda en el bolsillo del pantalón azul planchado y la derecha sosteniendo un catavino vacío sobre los labios.

Dos estertores visibles certificaron al difunto sin necesidad de forense, y Santos Sena hubiera jurado que el toro sonreía todavía, ¿o era su imaginación? ¿No le había parecido también ver un halo abandonar aquel traje de luces? El catavino cayó al suelo resbalando entre los dedos, reconvertido en pedazos irreconciliables a sus pies.

«Polvo eres, y en polvo te convertirás», pensó Santos clavando la vista en los cristales, la mirada gacha. Levantó la vista al toro, ahora sentado junto al hombre, ya esperando su

momento, y adivinando una sonrisa en la distancia, caviló de nuevo, con cierta lucidez: «¿Me estaré volviendo loco?». No lo supo, ni se animó a responder. Sí supo una cosa: había sido la mejor corrida de toros de su vida.

—Que en paz descanse —dijo Luis a su lado.

Luis Zubeldia era un proveedor vasco que había bajado a Sevilla expresamente para la corrida y, a la postre, el que lo había invitado a la misma. Santos Sena no le dio un beso en la boca porque tenía bigote.

—Que en paz descanse. La profesión tiene riesgos —repetió Santos—. ¿Queda alguna copa limpia?

—Creo que sí.

Y rebuscó el otro en una pequeña nevera portátil del tamaño de un termo de colegial.

No sería hasta más tarde, en su casa y en su cama, cuando Santos Sena se preguntaría si su reacción había sido normal al ver morir a un hombre. Un par de minutos bastaron para concluir con la absolución. Ver morir a un torero en una plaza de toros debía de ser como un piloto de motos que se mata con el muro de contención o un policía oxidado que se olvida de quitarle el seguro al arma en un tiroteo. Gajes del oficio. ¿Qué culpa tenía él? El riesgo formaba parte del espectáculo, de su atractivo. ¿O iba a pagar alguien por ir a una corrida de toros sin cuernos?

Olvidó los toros, apretó el pedaleo y cruzó el barrio de Santa Clara, dejando atrás su casa, su familia y su jardín con su puerta grande, además de un sinfín de chalés en una de las zonas de Sevilla donde más se cotizaba el metro cuadrado, y una de las escasas donde los chalés individuales y amplios jardines predominaban sobre los vulgares y altos bloques comunitarios; y apretó el pedaleo un punto más, dispuesto a quemar calorías, inocente de todo. Era una buena persona, estaba seguro.